

EVOLUCION URBANA DE OTAVALO

Alvaro San Félix

De los reales aposentos de Carangue, por el camino famoso de los Ingas, se va hasta llegar al aposento de Otavalo, que no ha sido ni deja de ser muy principal y rico, el cual tiene de una parte y a otra grandes poblaciones de indios naturales.*

Esta primera referación del antiguo Otavalo en las crónicas de la conquista, registra el asombro del español ante la zona sarance y certifica una realidad: Otavalo era un lugar definido con características y personalidad definida, antes de la incursión española.

Rastreando la etnohistoria de este pueblo encontramos que algunos historiadores coinciden en señalar que sus primitivos habitantes tuvieron origen caribe-antillano, sin descartar que cazadores y recolectores procedieran de tribus proto-pastos.

Cuando los incas vencieron la encarnizada resistencia de cayambes, y carangues, "lo primero que hicieron fue reducir los indios a pueblos y mandarle que viviesen en comunidad, porque hasta entonces vivían muy divididos y apartados" (Larrain, 1980:177); los años de dominación inca cambiaron la fisonomía política de la zona en favor de una mejor producción y administración, permitiendo a Cieza dejarnos en 1547 el testimonio señalado. Dos años más tarde se lo consideraba como el cacicazgo más poderoso de la sierra norte, y como tal, solicitado por Benalcázar el Rey Carlos I en carta dirigida desde Cali en noviembre de 1549:

Memoria
escribi
esta y

...Yo descubrí y poblé la ciudad de Quito. Y habiéndola poblado y repartido, yo tomé en nombre de Vuestra Mejestad al cacique llamado Otavalo, que tenía 1.500 indios o 2.000. Dará agora de renta a la persona que la tiene hasta mil quinientos o dos mil pesos... A Vuestra Majestad suplico, pues yo le serví y trabajé y fui el primer descubridor y poblador, sea servido que me de para uno de mis hijos el dicho Otavalo, con los demás indios que allí tuve.¹

Poco después y, ante la importancia que adquiriría el Asiento, su hija, doña Magdalena de Benalcázar, volvió a solicitarle al monarca la merced del territorio y sus habitantes indígenas para uno de sus hijos. Ninguna de las dos gestiones tuvieron resultados favorables.

Pedro de Puelles fue su primer encomendero, y posteriormente su asesino, el poderoso y astuto Rodrigo de Salazar, obtendría el beneficio entre 1547 y 1549.

La localidad que apreciaron Cieza y los primeros conquistadores fue muy distinta a la que actualmente conocemos nosotros; sobre esto la investigadora Chantal Caillavet ha realizado un interesante trabajo para determinar cual fue el primer Asentamiento del Otavalo pre-hispánico, llegando a la conclusión de que el referido Asiento estuvo a orillas del lago San Pablo para 1573.

Llegamos a ubicar con bastante precisión la antigua parcialidad de Otavalo, como heredera del pueblo prehispánico de Otavalo en las zonas llamadas San Roque y Villagrapungo de la actual parroquia de San Roque de la Laguna.²

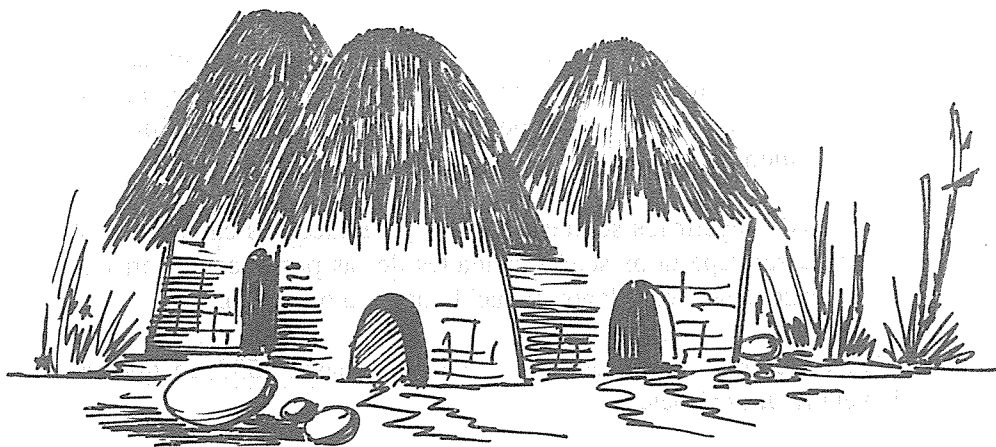
Caillavet basa su afirmación en documentos tempranos y tardíos; con todo, la incógnita persistirá hasta tener datos precisos que circunscriban territorio y fechas de las Reducciones del Virrey Toledo que impusieron a varios pueblos su concentración en el "nuevo" Otavalo, obligando a desaparecer centros poblacionales de considerable antigüedad con justificaciones de adoctrinamiento religioso y control policial, así como de tributos y mitas. Otro razonamiento de desarraigo de pueblos dentro de la política hispana es señalado por Caillavet al indicar que la anterior localización estaba entre el pantano lacustre y el monte y el

páramo de altura por el otro; realidad insoslayable; en efecto la angosta franja de terreno en que se había mantenido el Asiento, no hubiera podido aguantar una expansión futura, permitiendo suponer que, de no producirse la incursión hispana, sus propios habitantes hubieran tenido que enfrentar la posibilidad de un traspaso a otra zona con mayor proyección geográfica.

Gonzalo Pizarro cuando llegó como gobernador de Quito en octubre de 1539 encontró en el Primer Libro de Cabildos referencias a "unos buhíos indígenas que constituyen el pueblo saransig en la comarca de Otavalo"; en los pocos meses que ejerció el cargo de gobernador elevó el Asiento a la categoría de Corregimiento, aunque se cree que de haberlo hecho, La Gasca hubiera desconocido su determinación por considerarla ejecutada por un enemigo del Rey.

Al transcurrir los años de la conquista los hombres que la hicieron posible, perdieron la vida o la pasión por la aventura, decidiendo quedarse con lo único factible: la tierra y quienes la trabajan.

Aquellos buhíos indígenas



La arquitectura quitu-cara utilizó la cangahua en bloques cortados y simétricamente trabajados; el canto rodado o piedra en tejido de sogas, formaba artísticas cápsulas que albergaban las viviendas... Tanto las yatas o viviendas túmulo como en los bulus o viviendas del pueblo, se empleó la planta redondeada o comunitaria y las paredes fueron trabajadas con cangahua. Los muros mostraban el ensartado, de carrizos con largos bejucos (el histórico enchagllado, término que demuestra que el bahareque aborigen empleó también caña de maíz). (Costales, 1985:4)

El estudio en referencia nos va dando datos precisos de como fueron las habitaciones del norte andino y la concepción de armonía que el hombre mantuvo entre la vivienda y los materiales que utilizó para formarla.

Para reforzar esta concepción tenemos la Relación de Sancho Ponce de León que describe:

Las formas de las casas donde viven los indios del distrito de mi corregimiento, son unos buhíos redondos cubiertos de paja; todos los más son pequeños y las paredes dellos son de palos gruesos entretegidos con otros y embarrados con barro por dentro y por fuera. Las casas de los caciques y principales son de la propia manera, aceto que son grandes y tienen una viga grande en medio para sustentar la casa.³

Si las primeras habitaciones fueron pequeñas y construidas de barro, bahareque y paja, los españoles tuvieron en cambio que seguir las instrucciones impartidas en 1513 por el Rey para la instalación de ciudades en América:

Habéis de repetir los solares del lugar para hacer las casas y éstos han de ser repartidos según calidades de las personas e sean de comienzo dados los solares, el pueblo parezca ordenado.

La preocupación real se mantuvo latente hasta 1593 en que la rectificó el marqués Cañete.

Los pueblos deberían estar trazados en cuadro. Cada cuadra cuatro solares. Una iglesia donde recibirán los sacramentos y un hospital. (Gallardo Moscoso, 1970:71)

En Otavalo se respetaron estas disposiciones cuando se operó las reducciones de pueblos vecinos y se instaló la población en su lugar actual. Y si los indígenas tuvieron desde siempre casas de humilde factura, de adobón, carrizo y paja, los españoles en cambio buscarán mayor pericidad para sus moradas y acudirán a los cimientos de piedra, sólidas paredes, techumbres entejadas, patios delanteros y huerta interior.

El español muy lentamente, sin despreciar ni desestimar los materiales nativos, construye los hornos de cal y de ladrillo, con los cuales introduce nuevas técnicas y elementos en la construcción. El indígena asimila rápidamente estos conocimientos técnicos y aparecen por todas partes los albañer o alarifes, asociados a los canteros, labradores de piedra y pirca-camayuca o constructores y artífices. (Costales, 1985:4)

El proceso de aculturación arquitectónica se va produciendo lentamente. En Otavalo el Hospital estuvo ya en funcionamiento para 1582, año de la relación de Sancho Ponce quien anota: "En el pueblo de Sarance que por otro nombre se llama Otavalo, que es el pueblo más principal de mi Corregimiento, hay un hospital, que tiene el dicho hospital más de cuatro mil cabezas de ovejas de Castilla..."

El doctor Freile Granizo describe así la formación de pueblo bajo la dirección de las nuevas normas urbanísticas españolas:

El poblado indígena surgió en torno a una plaza, más o menos cuadrangular, cuyo principal edificio sería la iglesia, más bien capilla, erigida con parte de los tributos que sus habitantes pagaban; al lado de aquella se encontraba la casa del cura, como hoy las casas parroquiales, en su otro costado el cementerio en donde se celebran todas las funciones populares, la posesión de los caciques, las fiestas, etc. pues no eran, sino solo en su nombre, similares a los cementerios actuales; hacían si la comparación cabe, las veces de la cacha incaica. Era un sitio de regocijo, de ahí que los actuales

01100 cementerios indígenas ocupen áreas distantes de la población, usualmente en lugares no laborables.⁴

Los parámetros anteriores se emplearon cabalmente en Otavalo, que como hemos visto era ya un punto clave en el territorio norte de la patria, con Corregidor y Justicia mayor, Alguacil, Protector de Naturales, Escribano y Administrador de Alcabalas y Tributos. Poma de Ayala dibuja a la población como Tambo principal en la ruta hacia Popayán. Los Tambos eran "aposentos que debieron ser construidos por disposición de Huayna Cápac para los chasquis y otros caminantes que recorrían los caminos por disposición estatal... y que los españoles les conservaron para sus propios intereses" (E. Soriano, 1983: 430).

El bahareque español (trabajado aquí con chaglla (carrizo, shucos y zuro), por su prestancia y liviandad predominan en años posteriores; y aún la paja de páramos para el techo caracterizan al nuevo poblado. Las casas mixtas (no solo en cuanto a material sino por los elementos culturales) predominan en los primeros cuarenta años. (Costales, 1985: 4).

Para mediados del siglo XVI se instalaron los Obrajes que terminarían siendo factor de su grandeza y su tragedia. Para los años en que Ponce de León escribe su relación (1582), se calcula que habitaban el Corregimiento 39.719 personas. (Larrain, 1980: 148), y Garcilaso de la Vega apunta que Otavalo era una de las cinco provincias que hacían a Quito un reino "famoso y grande"; por otro lado hay muchos datos que concuerdan en que Otavalo constituía "una encomienda tan rica y prestigiosa, por ser sede de los reyes carangues, que se hizo famosa al extremo de imponer su nombre al área carangue" (E. Soriano, 1983: 83); Aquiles Pérez certifica: "Otavalo era así mismo el nombre de un ayllu muy importante, el que durante la conquista española dio nombre a todo el sector meridional del área carangue, que fue conocido con la denominación de Repartimiento de Otavalo" (Pérez, 1960:105).

Dónde estábamos y cuántos éramos

La ubicación geográfica quedó definida: al S.S.O. de Ibarra entre 0° 15' de latitud septentrional y 0° 18' de longitud oriental; a una altura de 5.581 metros con una temperatura de 15° C. (Navas, 1934: 15).

Fue el encomendero Rodrigo de Salazar quien reclamó en 1552 la realización de una nueva Visita, porque consideraba que la anterior perjudicaba sus intereses; el nuevo resultado señaló para el Asiento 12.800 personas, de las cuales 2.311 eran tributarios casados. Siete años después, Gil Ramírez Dávalos efectuó otra Visita que contabilizó 2.163 tributarios casados y 411 solteros. (E. Soriano, 1983).

Los resultados demuestran que la población no mantenía un índice creciente de población, debido a la fuga de tributarios, epidemias y mitas fuera del territorio, lo que incidía en su crecimiento urbano.

Así mismo los visitantes Muñoz de Valderrama y Gaspar de San Martín trabajaron la zona en 1572 registrando 10.167 habitantes, de los que tributaban 2.989: 2.548 indios casados y 448 no matrimoniados. (E. Soriano, 1983: 132). Al finalizar el siglo XVI se registran en cambio 33.990 habitantes y solo tributan 7.526 indígenas. Para 1582 el Anónimo de Quito establecía para Otavalo "ecede de diez mill pesos de renta" (Enriquez, 1938: 65), lo que demuestra el rendimiento obrajero y la producción agrícola y lanar que servía para su mantenimiento.

El largamente acariciado proyecto de la población blanca de fundar una Villa entre Quito y Pasto se hace realidad en 1606 con la creación de San Miguel de Ibarra; inmediatamente acuden a ella, decenas de españoles para poblarla; ésto "no aniquiló pero sí menguó un tanto el ulterior desarrollo de este Asiento y la importancia misma del Corregimiento" (Jaramillo, 1972: 68), para añadir de la nueva fundación "no le quitó categoría administrativa a Otavalo, pues esta comarca con su cabecera, la noble Sarance, fue Corregimiento antes de la fundación de Ibarra, y este carácter se mantuvo después, invariablemente, hasta la liquidación del régimen colonial..."

La influencia española se hizo visible en la arquitectura del corregimiento: la teja, el alero pronunciado, la casa de uno o dos pisos con balcones, el zaguán respunteado de huesos, las macetas luciendo geranios, claveles, dalias y atrás, la huerta perfumada de limonares, granadillas y moreras. Para Quito, la relación anónima de 1573 puntualiza algo sobre este tópic:

Hicieron unas casas pequeñas de bahareque cubiertas de paja. Agora hay casas de buen edificio, porque habiendo sacado los cimientos dos o tres palmos encima de la tierra, hacen sus paredes de adobes con sus rapas de ladrillo a trechos, para mayor fortaleza. Todas comunmente tienen portadas de piedra y las cubiertas de teja. (Costales, 1985: 4).⁵

Se puede afirmar sin equivocarse que en proporción menor lo mismo sucedió en Otavalo una vez que la administración hispana comenzó a explotar las riquezas de la zona. La superficie construida se iba expandiendo, prolongando calles, cruzando acequias con puentes frágiles y cerrando solares con tapias y cercas.

Se han recogido variados conceptos que demuestran como la ciudad fue creciendo y adquiriendo importancia. "El Asiento de Otavalo está regulado, que tiene de 18 a 20 mil almas, este Corregimiento se compone de seis pueblos principales fuera de los anexos ...", escribían en 1735, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Diez y nueve años más tarde, en su informe al Virrey de Santa Fe, don Juan Pío Montúfar y Fraso certificaba el mismo número de habitantes al escribir: "Otavalo es una población hermosa que incluye crecido número de españoles, mestizos e indios hasta cerca de 20.000 almas".

El Padre Juan de Velasco que visitaba con frecuencia la población considera a Otavalo "como pueblo grande que englobaba a la vez muchas tribus de la misma nación" en el que "todas las casas que daban contorno a la plaza principal eran de dos pisos" (Velasco, 1978:83).

El Oidor de la Real Audiencia, José Romualdo Navarro en su Descripción enviada al rey en 1764 describía a Otavalo:

Este que era antes unido con el de Ibarra y se dividió por su jurisdicción muy dilatada, se le signa por la parte del Sur... se reputa su número en 10.000 almas de todos estados y condiciones, en que son más los indios, por hallarse dentro del asiento el principal Obraje y esparcida en su inmediación mucha gente.⁶

Es notable en decrecimiento demográfico, aunque el dato no especifica si se refiere solo al Asiento o a todo el Corregimiento. Para entonces la Audiencia soportaba la grave crisis económica de la que ya no se repondría.

La principal causa de la postración del Corregimiento de Otavalo en la época colonial debemos encontrarla en haberse constituido su cabecera como población de indígenas, por cuyo motivo debieron haber vencido graves dificultades los españoles que llegaron a avecindarse en esta población, ya que así lo perceptuaba la legislación colonial; entonces Otavalo debió haberse quedado sujeta a la explotación y granjerías de los mismos corregidores, doctrineros y dueños de estancias circunvecinas y como elemento pasivo de riqueza de los encomenderos y mercaderes de Quito... De haberse continuado la administración colonial, Otavalo casi hubiera llegado a desaparecer. (Grijalva, 1947: 171).

Por su parte don Francisco Silvestre, aceretario del virreinato comentaba en 1789: "Otavalo... tiene nueve poblaciones son las del Asiento. En las que se comprenden 34.323 almas, de éstas 16.838 son varones y las 17.485 mujeres; Blancos 2.365, incluso 9 clérigos y 22 frailes indios: 24.845 y esclavos 2.479".

Si el jesuita Giandoménico Coletti que dejó amplio testimonio sobre la Audiencia, escribió que Otavalo era una "población grande y comercial al norte del reino de Quito",⁷ en cambio el sabio Francisco José de Caldas inspeccionó la provincia en observaciones astronómicas por 1802 y dejó en sus anotaciones:

La población está situada en un perfecto plano, cercado de las colinas de que hemos hablado... Yo he formado un plano al paso para dar idea de la población y de su disposición. Las calles son rectas, de un ancho proporcionado, los edificios en todo como Quito... La iglesia mal situada, de costado, la precede como vestíbulo una como segunda plaza a que se entra por una puerta de tres arcos, de los cuales el mayor y medio está arruinado, tal vez por alguno de los terremotos a que está expuesta esta preciosa parte de América. Esta segunda parte es una extensión considerable

cercada de paredes, y hace veces de cementerio. En él no se entierran sino indios y gentes miserables. Los demás van a la iglesia. En este cementerio se ven más grandes árboles sembrados y le dan un aspecto de alameda agradable. Después se entra en la iglesia, de un cañón, obscuro, ennegrecida y fea. Los altares corresponden a la iglesia. Un pueblo como Otavalo merecía un templo más aseado y decente. El otro cura es de los indios advenedizos y de castas. Tiene una iglesia llamada parroquia del Jordán, últimamente edificada por el cura actual, doctor Mariano Jácome.⁸

La apreciación de la población es cordial no así la de la iglesia, a la que consideró "obscura, ennegrecida y fea"; a esa misma iglesia el capitán Juan Pinque de Troya, había añadido una capilla, que erigió a sus expensas, y que estuvo destinada a San Blas, "era una media agua de la iglesia de San Luis con puerta al costado, fuera de la iglesia al atrio de ella. (Jaramillo, 1955). Ya antes, el Padre Velasco había ubicado un poco más la situación del templo: "A la espalda del templo de San Luis, se veía en convento de San Francisco de cal y ladrillo y en sus cuatro ángulos con corredores espaciosos, su arquería y al centro un jardín bien cultivado, en cuyo medio se alzaba una cruz de piedra".

La descripción de Caldas permite algunas reflexiones: "Las calles son rectas, de un ancho proporcionado, los edificios en todo como en Quito", nos dice. El plano que enuncia haber trazado no hemos podido aún encontrarlo, pero en cambio nos informa del adelanto al que había llegado la villa para esa fecha, contrastando con el estado ruinoso y la anterior ubicación en que se encontraba la iglesia mayor. También señala el lugar que "hace las veces de cementerio", instalado tras la antigua iglesia de San Luis, en el actual mercado 24 de Mayo: luego se instaló en la actual plaza de Copacabana y estribaciones de Reyloma. El actual cementerio comenzó a funcionar sólo al comienzo del presente siglo.

En 1822 la publicación londinense de Balwin Creadock y Joy dejaba constancia que "Otavalo tenía 15.000 habitantes; muchos de ellos son blancos, los otros indios"; extrañamente tres años después se registra un descenso poblacional con solo 7.447 habitantes.

Susceptible de adelantamiento

La Villa lucía lozana y progresista en 1829, a pesar de las contínuas sangrías que sufrió por las levas de jóvenes reclutas incorporados a los ejércitos bolivarianos para las campañas de Pasto, Tarqui y Ayacucho. Los campos estaban descuidados, mermaron su producción y la economía bajó debido a las imposiciones en metálico, alimentos y bestias que el gobierno exigía de las provincias nortefías.

El impulso progresista del indio y el mestizo fue superior al desangre al que la guerra sometió a estos pueblos; por ello el Libertador, en retribución al sacrificio y en homenaje a su grandeza, nunca desmentida, dictó el 31 de octubre de ese año el célebre Decreto de erección a ciudad: Industriosa con sus telares artesanales, su prometedora agricultura, sus ferias, su hospitalidad ante el paso de viajeros, comerciantes y ejércitos, Bolívar la calificó como "bastante populosa y que por su agricultura e industrias es susceptible de adelantamiento". Y no se equivocó. La Villa merecía el gesto magnánimo y justo del hombre que había cambiado la fisonomía política y social del continente.

La semilla bajo los escombros

Entre despreocupada y feliz llegó Otavalo a la fatídica noche del 16 de agosto de 1868, en que un cataclismo telúrico la afectó profundamente. En un segundo se detuvo el adelanto de la ciudad, trastocando de un tajo lo que había costado años de paciente construcción para conformar un lugar adecuado para vivir.

En Otavalo absolutamente nada ha quedado, sobre los sitios y las calles han desaparecido totalmente bajo los escombros. Ha habido derrumbos horribles, montes que el terremoto ha dividido y han descendido sobre los valles en torrentes formidables de tierra, arena, piedra, agua y cieno.

Informaba el doctor García Moreno al gobierno que le había encargado que actuara en Imbabura como Jefe Civil y Militar. Pocas casas se salvaron de la catástrofe y otras quedaron heridas para desaparecer posteriormente. Es posible que ya no exista una sola pared o

techumbre, testigos del movimiento telúrico que asoló la provincia aquel agosto.

"Cayeron de cuajo los templos del Jordán, San Luis y la guardianía de san Francisco", narra Herrera (ibid, 1909:198), solo se salvaron extrañamente algunas imágenes sagradas y las campanas de San Luis, la grande con una inscripción: Febrero de 1864, y la segunda: Enero de 1855.⁹

La iglesia matriz estaba construyéndose ya en el año 1559 con sólida fábrica y fuertes arquerías; el Gobernador de la Audiencia, Gill Ramírez Dávalos, envió para el altar mayor un rico tallado. Con el sismo, el templo mayor, como el de El Jordán, se vinieron al suelo. Así mismo se destruyó el incipiente servicio de alumbrado de las calles que el Municipio había comenzado a implementar con faroles el año anterior.

El cabildo reclamó al gobierno la ayuda que el cataclismo exigía; pidió que el dinero destinado a la construcción de puentes fuera dedicado a la reedificación de los templos, y acordaron también los concejales:

Que los indígenas con barras y palas arreglen calles y acequias; y
Que la madera y tejas de los templos caídos se coloquen en un solo sitio para que no den trabajo cuando se reconstruyan.¹⁰

El pueblo se entregó a la dura y dolorosa tarea de seguir viviendo. Muchos otavaleños quisieron trasladar la ciudad a otro lugar considerado más seguro y alejado de la tragedia que significaba ver todo destruido, pero la mayoría se opuso y regresó a sus hogares para remover tapias y techumbres, salvar una silla, un retrato o una olla, y a esperar que, sin prisa la ciudad renaciera. Llevaron sus muertos a fosas comunes y enterraron con ellos, sueños, amargura y lo que fue la Otavalo Antigua, como comenzó a llamarse la destruida ciudad.

Casa y calles deben haber cambiado de ubicación después de pasado el pavor. El templo de San Luis cambió de dirección y se convirtió en "nuevo templo, de tres naves con arquería y ventanales góticos, trazado en cruz latina, cuya cubierta se puso en medio de comunicativo alborozo en el año 1890" (Jaramillo, 1955:35).

Pero en los días de la catástrofe, el concejal Manuel Burbano de Lara opinó que la nueva Iglesia Matriz debía levantarse sobre los mismos cimientos o en la antigua cuadra del convento, porque la iglesia podía sepultar multitud de cadáveres y era terreno húmedo y flojo. También se determinó levantar la torres y el pórtico frente a la plaza, para que ganara en belleza.

Los planos y dirección fueron elaborados por Fernando Pérez Quiñones y sirvieron para levantar la torre:

de pétreo y arquería y columnas de ladrillo, sobria en su concepción, austera en sus líneas, bella en el equilibrio de sus proporciones, de cuatro pisos que rematan airoosamente en una cúpula coronada de una cupulilla de ocho ventanales, en la que asienta una cruz de hierro. (V.A. Jaramillo, 1955).

También el atrio de El Jordán cambió de dirección posteriormente.

El templo de El Jordán tenía la dirección de norte a sur en el lugar que hoy se levanta el magestuoso convento de franciscanos, dicho templo que el segundo, pues que el primer templo tenía la misma ubicación del actual, un poco más al norte fue el que se arruinó en el terremoto del año 1859, precursor del espantoso terremoto de 1868.

Las calles longitudinales eran:

La de Rey Loma, La Mindala, El Jordán, La calle real, la calle de los Obrajes, El Cardón, La Banda, Saransig.

Las calles transversales:

Los Corregidores, Barrio Caliente, Sucho Pogyo, Empedrado, El Tejar, El Comercio, El Campanario, Copacabana, Yana yacu, Los Batanes, Machángara, Los Duendes, Los Guarangos. (J.M. Chávez Pareja, Periódico ACCION, Otavalo, Octubre de 1949).

La Casa Municipal que estaba en venta cambió de emplazamiento, ubicándose en el que actualmente posee. Antes ocupaba toda la cuadra en que hoy están situados la escuela Pérez Quiñones y el Torreón de San Luis y la Casa Parroquial; el edificio era de dos pisos, en los salones altos funcionaban las oficinas municipales, etc., y en la parte baja las escuelas municipales. (ibid, 1949). Como las escuelas perdieron sus locales hubo que buscarles sitio para que siguieran su labor.

Se pidió al gobierno un delineador de calles, y como no tuvieron respuesta favorable se contrató a don José Jaramillo, vecino del lugar para "cortar los abusos y desórdenes que han producido los vecinos con motivo de la reedificación del pueblo". (Freile, 1980:51) García Moreno, nuevamente presidente en 1871, decretó la compra del terreno necesario para regalarlo a quienes hubieran quedado en la indigencia después del terremoto y carezcan de sitios para construir su morada.

A diferencia de Ibarra, no hemos encontrado datos que demuestren la acción organizadora del mandatario en la delineación de la ciudad reconstruida, pero es factible deducir que observó y orientó esta labor con energía y preocupación.

La constante labor del municipio estuvo pendiente de todo en todo momento, las acusiosas actas de las sesiones lo demuestran; por ellas sabemos que un año antes de la catástrofe se pretendió enbovedar la acequia de la calle de El Jordán y que los vecinos se opusieron, ya que pedían que también se lo hiciera con la que existía en la calle real; pero en realidad no se hizo con ninguna de las dos.

Para 1874 se comienza a abrir la nueva calle que bajaba de El Jordán hacia el norte, indemnizando a los propietarios que demolicen sus tapiales, edificios y obstáculos que impedian la nueva delineación. Tampoco se descuidó la apertura de la calle real que llevaba a Quito, en el año siguiente; teniendo el Presbítero Nicolás Pinto que reclamar indemnización al gobierno por ser quien delineó la calle y no el cabildo al que acusó de no haber impartido orden alguna. (Actas, 15-III-1875)

La brutal catástrofe mermó el índice habitacional de Otavalo, de 21.064 personas, registradas al año anterior, bajó en 2.237 víctimas. Ocho años después del terremoto, el viajero francés M. E. André escribió: "Otavalo cuenta con unas ocho mil almas, y sus calles rectas están afirmadas con gruesos adoquines alineados... De muchas iglesias bien construidas, como San Francisco, San Luis y la Matriz solo quedan, después del terremoto de 1868;

Una capilla o más bien una cabaña, en espera de la comenzada reedificación. Los dos tercios del caserío poco más o menos quedaban ya reconstruidos... Posee un cementerio pintoresco, situado en una colina irregular y cercado por un muro de tapia".¹¹

André reafirma la referencia de Caldas sobre el entorno del cementerio, lo que demuestra que en realidad era un lugar cercado por una agradable arboleda que le daba aspecto apasible y susurrante.

De regreso del polvo y la ceniza

Otavalo no fue nunca, a lo largo de su historia una ciudad fortaleza, no ha tenido tampoco conflictos que plantean ríos o mares al convertir poblaciones en puertos, no ha contado con la protección infranqueable de montañas, acantilados o pantanos; ha sido en cambio ciudad de tránsito obligado, abierta; de fácil acceso y comunicación para el comercio, el cultivo, el reposo y la contemplación. Como no ha tenido que basar su economía en la irrigación, con ríos que la inunden periódicamente controlando sus aspectos benéficos o devastadores; tampoco fue necesario que construyera canales de riego, ni terrazas para procurar la fecundación de tierras áridas, ya que su producción agrícola se mantiene dentro de los ciclos naturales, siempre o casi siempre benignos.

Esta ciudad abierta regresó poco a poco del pavor al trabajo y organización; había vivido lo que Montalvo escribiera a Víctor Hugo:

Todo se había venido abajo, y de manera tal, que los cimientos, como impelidos por bocas de fuego, salieron disparados y se pusieron sobre las techumbres... Todo era seco, surgieron remolinos de agua crespas y lodosa, cargada de electricidad,

inservible para la sed que devora a los hombres, murieron éstos, los brutos perecieron y la naturaleza está como asustada después del trastorno.

Desde entonces hasta hoy, la ciudad hechó a andar como Lázaro saliendo del sepulcro. La influencia urbanística española mantuvo el trazo en damero, tirado a cordel, manteniendo la plaza mayor con iglesia en uno de sus lados o cerca de ella, el Cabildo en otro extremo y casas de personas influyentes cerrando el cuadro definidor de la vida espiritual, cívica y dominante de la población.

En la plaza central se realizaba ferias y también se jugaba pelota de tabla. Don Carlos Ubidia Albuja, como Presidente del Concejo, informó en 1877 que el cantón tenía 16.964 habitantes sin contar con los 125 extranjeros residentes; así mismo fue quien instaló el mercado en la plaza 24 de Mayo, trasladando las ferias desde el parque Bolívar; más adelante para 1920 se demolió la casa del Padre Mantilla, párroco de El Jordán, cita frente al templo, y que casi inmediatamente se utilizó para ferias, más adelante se la destinó para parque y se instaló en ella la fuente de caballitos. Fue Ubidia quien se encargó del cerramiento con verjas del Parque Bolívar, del trazado de los jardines y de las calles interiores del mismo por donde transitaban automóviles, trabajo que fue asignado a su sobrino don Daniel Mestanza Ubidia.

La construcción de la pila inicial fue muy accidentada y larga; su cañería era de cal y piedra empleándose cinco mil ladrillos; casi apenas inaugurada fue destruida por el terremoto del año 1868.

Un documento sin precedentes nos dejó el nariñense Higinio Muñoz en 1883, quince años después del cataclismo; el croquis permite observar la ordenada disposición de 56 manzanas delineadas por calles; pero existen datos que para 1867 la ciudad solo contaba con cuatro calles trazadas de norte a sur, y pocas en sentido contrario. Como era necesario decidir la forma que debía dárselas a las dos calles que salían por el camino a Mojanda, ordenaron al comisario que "proceda de acuerdo a la elegancia y uniformidad de las dos últimas calles con las dos primeras".

El impulso del progreso siempre se anidó en los organismos directivos del país por lo que fueron desarrollando nuevos proyectos urbanísticos: se prolongan en su momento las antiguas calles, novísimos conjuntos habitacionales han ampliado el horizonte de la urbe primitiva, mitad indígena, mitad castellana. Como producto de este mestizaje cultural sabemos que una ciudad "no es sino una de las manifestaciones de las fuerzas productivas de la sociedad, reflejo inevitable de su estructura de clase" (Korn. 1963:4), y en Otavalo es evidente esta afirmación al comprobar su pasado, ya que "la ciudad es el resultado de las fuerzas sociales y económicas propias de cada período histórico". (ibid:6)

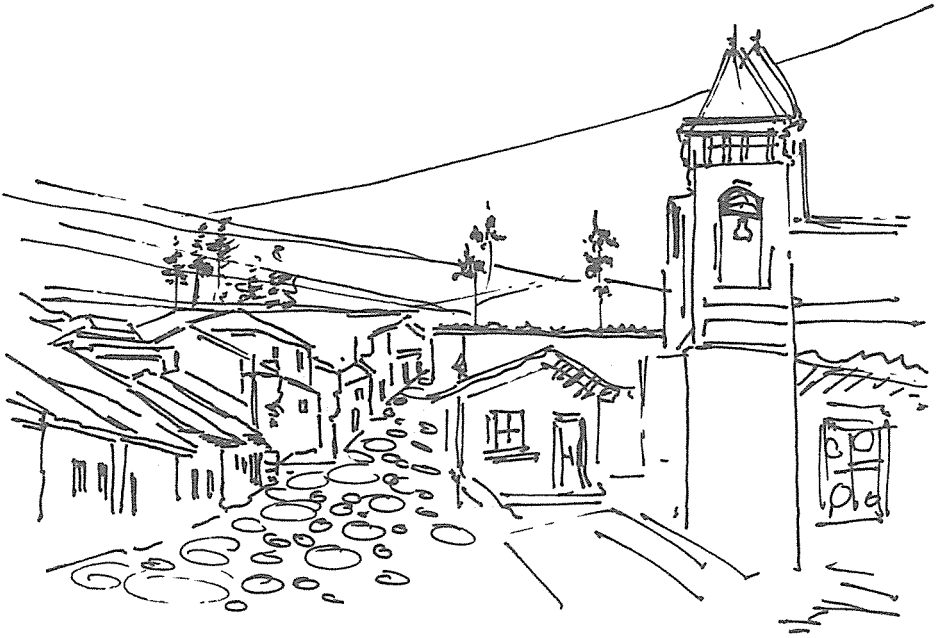
Otavalo, perteneció a la conjunción cayambe-carangue durante el pre-incario; el inca transformó la producción agrícola con nuevos sistemas de técnicas aplicadas por mitimaes. Más adelante, con España, el panorama se radicaliza en la producción obrajera, alcanzando momentos de esplendor, aunque nada del oro producido regresaba a fortalecer el adelanto del Corregimiento. En los años siguientes a la independencia política, los polos de producción cambian nuevamente a lo agrícola, posesión de la tierra y a la explotación del indígena.

Ahora bien, sabemos que las ciudades son estructuralmente recientes dentro del esquema general del tránsito de la humanidad sobre la tierra; desde las hordas cazadoras y recolectoras hasta hoy, la proyección es inconmensurable. La ciudad es pues un producto tardío dentro de la evolución de la cultura humana.

Si partimos de la tribu y su necesidad de afincarse, exigiendo luego linderos y posesiones, estamos ya ante el núcleo de lo que mucho más tarde será la ciudad, creciendo simultáneamente con la división del trabajo impuesta por el desarrollo del progreso.

El paisaje que hoy recorre nuestra mirada es el mismo, casi sin variación, que admiraron generaciones de abuelos hace 2.000 años; la urbe a evolucionado con nuevas perspectivas o volúmenes arquitectónicos. Con las ciudades sucede "que en cierto modo como a la persona humana, le acontece que siempre es la misma y nunca es lo mismo" (Korn, 1963). La ciudad, dentro de su evolución se transforma en sí misma, se trasvasa en nuevos moldes sin dejar de ser ella misma,

alcanzando nuevas facetas y mostrando diferentes exigencias que los tiempos le van obligando a adoptar y adaptar. Para ello contribuyen su entorno geográfico, el paisaje, las presiones sociales y la geología humana que la habita.



Donde se asienta la ciudad se siente la patria; sin desplazar su sentido religioso, sagrado; como si dioses tutelares la habitarán. El suelo le da sustento, ligamen, fisonomía única e invariable; por eso en Otavalo la simbiosis Ciudad-Campo es más notoria y trascendental; el medio la envuelve, rodea y define. No podríamos imaginarla de otra manera que como la tenemos grabada en las pupilas interiores y exteriores del espíritu. Su identidad radica más que sus elementos materiales: calles, edificios,

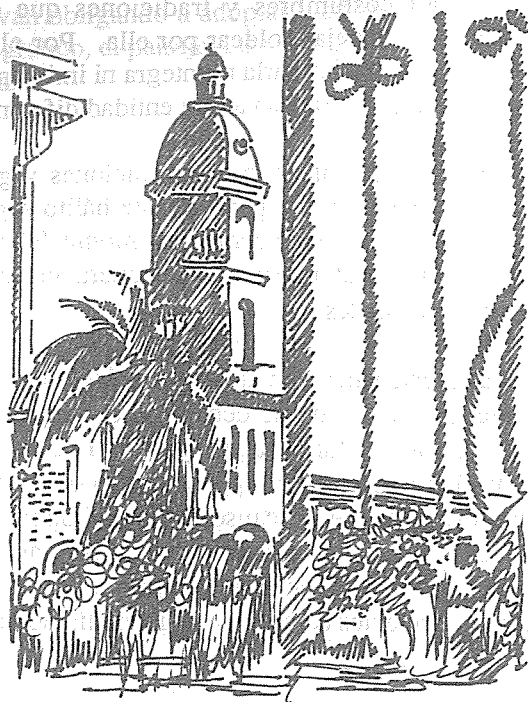
instituciones, escuelas y mercados, en una afinidad del alma colectiva, especial e indivisible por costumbres y tradiciones que el hombre-habitante cree su historia y se deja moldear por ella. Por ello se puede modificar la ciudad pero no transformarla ni íntegra ni íntimamente. Si se logrará se mataría su esencia dando paso a otra entidad diferente.

Todo lo heredado y depositado por generaciones y generaciones forman un caudal de vivencias en que persiste este hábito sagrado. Aquí están sepultados nuestros antepasados como testimonio fehaciente de lo que fueron, haciendo de la ciudad un panteón de venerables difuntos y a la vez un colmenar de seres vivientes.

Otavalo es una ciudad espejo, un archivo, un latente recuerdo de lo ido, como apremiante recurso de lo que debemos construir. A diferencia de otras urbes, no se podría señalar el lugar exacto en que cayó la sangre del héroe o el tirano; el sitio preciso en que descansó o resonó la palabra del guerrero-libertador, ni donde descansó el pie del apóstol peregrino, pero eso la favorece porque es su totalidad, su universabilidad que la aprisiona la memoria colectiva, deteniendo la presencia de los personajes humildes o tumultuosos, pacientes o soberbios que un día transitaron por su espacio.

Sabemos que para 1909 el Padre Herrera registra en la ciudad, 90 manzanas que contenían 480 casas y que en totalidad se notaba mejor ornato y limpieza en las calles. El plano de la anterior Casa Municipal, situada en la actual ubicación, fue levantada por el señor Carlos Endara en diciembre de 1871, así mismo se trabajó ese año el plano de la cárcel municipal. (Actas, 11-XII-1871), y al año siguiente el Cabildo obligó a los dueños de propiedades urbanas levantar tapias en el término de cuatro meses, bajo pena de multa a quien se resistiera hacerlo. Pero en lo referente a la Casa Municipal algo sucedió y tuvo que volver a encargarse el plano al Arq. Luis Aulestia a un costo de 370 sucres; la obra demoró dos años en comenzarse, y fue don Luis Garzón quien se encargó de la ejecución con albañiles que ganaban 2,50 sucres diarios.

El terremoto de 1906 malogró la torre de San Luis, por lo que el Obispo Pérez Quiñones pidió al Padre Brügnin que observara el estado en que había quedado.



Su informe fechado en 1914 decía:

Las pilastras y los muros de la torre son algo débiles, vista la circunstancia local de los temblores. El remate de la torre, ya bastante deteriorado, debe reconstruirse sin aumentar su peso, pues difícilmente llevará más peso del que ahora lleva.

El Padre Liborio Madera opinó también: "deben cuatro arcos, dos por lado, poderosamente cimentados, que vayan del frontis del templo al pretil, y de éste a la torre, de modo que las puertas laterales, correspondientes a las naves, queden encerradas por la arquería". El problema siguió estático, hasta que en 1951 la Asociación 31 de Octubre, dirigida por Enrique Garcés y el Cabildo, reconstruyeron la torre.

Para 1918 desaparecieron las acequias de las calles principales y se colocaron cajones de cemento en las esquinas para el aprovisionamiento de agua, los beneficiarios pagaban 40 centavos por el servicio. Ese mismo año se inauguró la piscina Las Lagartijas que con el Baño Largo eran los sitios de atracción, los que quedaron eclipsados cuando en 1931 se inauguró la piscina El Neptuno, diseñada por Luis Garzón.

Un hecho singular constituyó la compra por el Municipio, cuyo presidente era el Doctor Aurelio Ubidia, de un terreno de la hacienda Yanayacu para el Estadio por un monto de 93.000 sucres.

La ciudad se mantuvo por largo tiempo presionada por un constante crecimiento demográfico y sin aparente solución, pero en 1967 la visión del líder del Instituto Otavaleño de Antropología, don Plutarco Cisneros Andrade, logró que se produzca un salto urbanístico con la compra de siete y media hectáreas de terreno al Norte de Otavalo, e inició su parcelación y urbanización, para situar la Institución cultural más importante del norte ecuatoriano.

El desarrollo urbano se consiguió trasponiendo su crecimiento concéntrico y proyectándose longitudinalmente hacia el norte. Este hecho de a ido complementando con las subsiguientes creaciones de la Ciudadela Imbaya en 1976, de la Cooperativa Rumiñahui, (Cooperativa "Jacinto Cocca Huazo", Cooperativa "Manuel Córdova Galarza", Ciudadela "Las Lajas") Toda expansión humana demuestra el ritmo que ha adquirido la población así tenemos como referencia que en 1909 los habitantes se dividían en 25.966 blancos y 10.621 indios (Herrera, 1909:181); para 1974 se contabilizaban 54.710 almas y en 1982 el censo señalaba 63.160 habitantes con una tasa de crecimiento anual del 1.7%.

Otavalo es como toda ciudad andina algo desigual, algo anárquica en su crecimiento, extendiéndose entre el lomerío y el valle, buscando sin conseguirlo una perfección estilística inestable como el alma humana. En una estructura hay huellas del pasado que acentúan su carácter, la época, la fisonomía de quienes nos antecieron implantando el espíritu contradictorio del que somos herederos.

Así es actualmente Otavalo, urbe señorial que se recuesta de un paisaje enemorante; guarda el íntimo testimonio de su valor ancestral; al habitarla y trabajar por ella inyectamos de nosotros todo lo que queremos que sea este fugaz presente que nos corresponde vivir, con obligación de establecer el futuro, como heredad, junto a nuestra pasión de hacer de Otavalo el hogar digno al que lo destina su proyección histórica.

NOTAS

- * Pedro Cieza de León, *La Crónica del Perú*, Madrid, Colección Austral, Espasa Calpe, S.A., 1962: 125.
- 1. Colección de Documentos Inéditos relativos al Adelantado capitán don Sebastián de Benalcazar, (1535-1536) Vol. X, Quito.
- 2. Chantal Caillavet, *Etnohistoria ecuatoriana, nuevos datos sobre el Otavalo prehispánico*, Quito, CULTURA, Banco Central, V. IV, # 11. Ed, Don Bosco.
- 3. Sancho de Paz Ponce de León, *Relación y Descripción de los Pueblos del Partido de Otavalo*, Otavalo, Publicaciones del Instituto del Indio Americano, 1964, 25.
- 4. Juan Freile Granizo, *El mundo indígena, Historia del Ecuador*, V. IV, Salvat, 1980, Navarra: 59.
- 5. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias Secretas de América*, Madrid, Ed. Turner, 1982: 168.
- 6. Juan Romualdo Navarro en *Idea del Reino de Quito*, en *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, T. VIII: 396-461, Rumazo González.
- 7. Giandoménico Coletti, *Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional*, T. II, Bogotá, Publicaciones Banco de la República, 1975: 270.
- 8. Francisco José de Caldas, *Relación del viaje a Ibarra, Otavalo y pueblos circunvecinos en agosto, septiembre de 1802*, *Obras Completas*.
- 9. Luis Ubidia Rubio, *Revista ÑUCA HUASI*, # 1.
- 10. Alvaro San Felix, *En los Alto grande laguna*, IOA, Editorial Voluntad, 1974: 211
- 11. M. E. Andre, *América Equinoccial*, 1876.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

ACTAS MUNICIPALES, de Agosto a Septiembre de 1868, de 1862 y siguientes, Archivo Municipal, depositadas en el IOA.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar

1983 Los cayambes y carangues: siglos XV-XVI, El testimonio de la Etnohistoria, Tomo I, Col. Pendoneros # 61, Otavalo. Imprenta Municipal

ENRIQUEZ, B. Eliecer

1938 Quito a través de los siglos, Quito, Imprenta Municipal

FREILE GRANIZO, Juan

1980 Resúmenes de actas republicanas, Cabildo de Otavalo, siglo XIX, N.- 24 y 25, Col. pendoneros, Otavalo

GALLARDO MOSCOSO, Hernán

1970 Paltas, Incas y Viracochas. Historia de los vencidos, Loja

GRIJALVA, Carlos E.

1947 Toponimia de las Provincias del Carchi, Obando y Tuquerres para el estudio del idioma de los Pastos, Ed. Ecuatoriana, Quito

HERRERA, Amable

1909 Monografías del Cantón Otavalo, Tipografía Salesiana, Quito

JARAMILLO, Victor A.

1955 El Señor de las Angustias, Monografías Históricas regionales, Talleres tipográficos Daniel Antonio Guzmán, Otavalo

JARAMILLO, Víctor

1972 **Corregidores de Otavalo**, Breviarios de Cultura, Otavalo

KORN, Artur

1963 **La Historia construye la ciudad**, Buenos Aires. Ed. Universidad de Buenos Aires.

LARRAIN BARROS, Horacio

1980 **Demografía y Asentamientos Indígenas en la sierra norte del Ecuador en el siglo XVI**, Tomos 11 y 12, Col. Pendoneros, IOA, Otavalo

LEBRET, Iveline

1981 **La vida en Otavalo en el siglo XVIII**, Tomo 22, Colección Pendoneros, Otavalo

NAVAS, Juan de Dios

1934 **Ibarra y sus provincias de 1534 a 1932**, Imprenta del Clero, Quito

PEREZ, Aquiles

1960 **Quitús y Caras, "Ilacta"**, Organo de Publicación semestral del Instituto. Ecuatoriano de Antropología y Geografía, Talleres Gráficos Nacionales, Quito

SAN FELIX, Alvaro

1974 **En los alto grande laguna**, Ed. Voluntad, Quito

VELASCO, Juan de

1978 **Historia del Reino de Quito en la América Meridional**. Historia Antigua, Tomo II, Casa de la Cultura, Quito

COSTALES, Piedad y Alfredo

1985 **La Arquitectura civil de Quito Colonial**, Revista de El Comercio, 22-IX-1985, Quito.